

los gemidos de las víctimas mueren pronto tras ellas; apenas llegan á un eco que les hace sobrevivir un momento, cuando la voz que le conmueve se estingue. Pero mientras que el grito del dolor espiraba á orillas del Ródano, oíanse á lo lejos los sonidos del laud de Petrarca; una *canzone* solitaria, escapada de la tumba, continuaba armonizando á Vauluse con una melancolía inmorral, y otras veces con amorosas quejas.

Alain Charties había venido de Beyeux para hacerse enterrar en Aviñon en la iglesia de San Antonio. Había escrito la *Belle dame sans mercy*, y el beso de Margarita de Escocia le hizo vivir.

Desde Aviñon partí á Marsella. ¿Qué le queda de desear á una ciudad á quien Ciceron dirige estas palabras, cuyo giro oratorio ha sido imitado por Bossuet? «No te olvidaré nunca, Marsella, cuya virtud es de un grado tan eminente, que la mayor parte de las naciones deben ceder ante tí, y que la Grecia misma no te se puede comparar.» (Pro L. Flacco.) Tácito, en la *Vida de Agricola*, alaba también á Marsella, que unía la cortesía griega á la economía de las provincias latinas. Hija de Hellenio, maestra de la Gaula, celebrada por Ciceron, tomada por César, ¿no es esto reunir bastante gloria? Me apresuré á subir á *Nuestra Señora de la Guardia* para admirar el mar que bordean con sus ruinas las costas risueñas de todos los países famosos de la antigüedad. La márgen no avanza; es el origen de la mitología, como el Océano, que se eleva dos veces al día, es el abismo al cual ha dicho Jehovah: «No irás mas allá.»

Este mismo año, 1838, he vuelto á subir á esa cima; he vuelto á ver ese mar, que es hoy para mí tan conocido, y á cuyo extremo se elevaron la cruz y la tumba victoriosas. El *mistral* (1) soplabá; entré en el fuerte, edificado por Francisco I, donde no velaba mas que un veterano del ejército de Egipto, pero donde se encerraba un conscripto, destinado á Argel, y perdido bajo las bóvedas oscuras. El silencio reinaba en la capilla restaurada, en tanto que el viento silbaba por fuera. El cautivo de los marineros de la Bretaña, en *Nuestra Señora del Buen Socorro*, me se presentaba á la imaginación: ya sabéis cómo y cuándo os he citado esta súplica de mis primeros días en el Océano:

«Yo pongo, Virgen, mi confianza en tu socorro.»

¿Cuántos acontecimientos fueron menester para que yo llegase á los pies de la *Estrella de los mares*, á la que yo había estado consagrado en mi infancia! Cuando yo contemplaba esos *ex-voto*, esas pinturas de naufragios suspendidas á mi alrededor, creía leer la historia de mis días. Virgilio coloca bajo los pórticos de Cartago al héroe troyano, conmovido á la vista de un cuadro que representaba el incendio de Troya, y el genio del cantor de Hamlet se ha aprovechado del alma del cantor de Dido.

Al pie de esta roca cubierta en otro tiempo de una selva cantada por Lucano, no he reconocido á Marsella; en sus calles, tiradas á cordel, largas y anchas, no podía yo estraviarme. El puerto estaba cubierto de navios; apenas habría encontrado en él una nave hacia treinta años, conducida por un descendiente de Pytheas, para transportarme á Chipre como Joinville; á despecho del hombre, el tiempo rejuvenece las ciudades. Era mas querida para mí aquella vieja Marsella con los recuerdos de Berenguer, del duque de Anjou, del rey Renato, de Guisa y de Epernon, con los monumentos de Luis XIV y las virtudes de Belzunce; me agradaban las arrugas sobre su frente. Tal vez al deplorar los años que ella había perdido no hacia mas que llorar los que yo había encontrado. Marsella me recibió afablemente, es cierto; pero la

(1) Viento del N. O.

émula de Atenas se ha vuelto demasiado joven para mí.

Si las memorias de Alfieri se hubieran publicado en 1802, no hubiera yo abandonado á Marsella sin visitar la roca de los baños del poeta: este hombre áspero llegó una vez al encanto de las ilusiones y de la expresión.

«Después de los espectáculos, dice, uno de mis entretenimientos era el de bañarme casi todas las tardes en el mar; había encontrado un sitio deliciosísimo sobre una lengua de tierra que se hallaba á la derecha y fuera del puerto, donde sentándome sobre la arena y con la espalda apoyada contra una roca que impedía que me pudiesen ver desde la tierra, no tenía delante de mí mas que el cielo y la mar. Entre estas dos inmensidades que embellecían los rayos de un sol poniente, pasaba entregado á dulces ilusiones horas deliciosas; y allí me hubiera hecho poeta si hubiera sabido escribir un idioma cualquiera.»

Volví por Languedoc y la Gascuña. En Nimes, los *Arenes* y la *Maison-Carrée* existían aun: en este año de 1838 las he visto en su exhumación. Fui también á buscar á Juan Reboul. Desconfiaba yo de esos obreros poetas, que no son por lo regular ni poetas ni obreros: Mr. Reboul es una escepcion. Le hallé en su tahona: me dirigí á él sin saber á quien hablaba, no distinguiéndole de sus compañeros de Ceres. Apuntó mi nombre y me dijo iba á ver si estaba en casa la persona por quien yo preguntaba. Volvió al momento y se dió á conocer: me condujo á su almacén, anduvimos por un laberinto de sacos de harina, y gateamos por una especie de escalera hasta un estrecho recinto, como si fuera á la cámara alta de un molino de viento. Allí nos sentamos y hablamos un rato. Hallábase dichoso como en mi granero de Londres, y mas que en el sillón ministerial de París. Mr. Reboul sacó un manuscrito de una cómoda, y me leyó unos versos llenos de energía, de un poema sobre el *Ultimo día*. Le felicité por su amor á la religion y por su talento. Me acordaba en aquel momento de sus hermosas estrofas *A un desterrado*:

«Hay una cosa grande que se encierra en el mundo; es preciso ¡oh, joven rey! que tu alma corresponda á ella. ¡Oh! ¡No en vano, calmando nuestro duelo, el cielo hizo revelar tu vida por medio de un moribundo; no en vano algun tiempo después la nación, seguida por sus hijos, te elevó á los ojos del universo, en sus brazos, sobre el borde de un ataúd!»

Me fue preciso por fin separarme de mi huésped, no sin desear al poeta los jardines de Horacio. Hubiera preferido que se inspirase á orillas de la cascada de Tibur, que verle recoger el trigo desmenuzado por la rueda bajo esta cascada. Verdad es que Sófoeles era tal vez un herrero en Atenas, y que Plauto en Roma anunciaba á Reboul en Nimes.

Entre Nimes y Montpellier dejé á mi izquierda la ciudad de Aguas Mortas que visité en 1838. Todavía conserva todo el recinto de sus murallas y se parece á un buque de alto bordo encallado sobre la arena donde le dejó San Luis, el tiempo y el mar. El santo rey concedió á esta población sus fueros y estatutos. En uno de ellos se dice que el rey quiere: que su cárcel no sea para exterminar á los presos sino solo para tenerlos en seguridad; que en ninguna información se usen palabras injuriosas; que el adúltero no sea judicialmente perseguido sino en ciertos casos, y que el forzador de una virgen *volente vel nolente*, no pierda ni la vida, ni ninguno de sus miembros, *sed alio modo puniatur*.

En Montpellier volví á ver la mar, á quien de buena gana hubiera escrito lo que el rey cristianismo á la confederación suiza, *mi fiel aliada y mi grande amiga*. Escaligero hubiera deseado hacer de Montpellier el *nido de su vejez*. Ha recibido su nombre de dos virgenes santas, *Mons puellarum*: de aquí la belleza de

sus mujeres. Montpellier, cayendo ante el cardenal de Richelieu, vió morir la constitución aristocrática de la Francia.

Durante el camino de Montpellier á Narbona, tuve un momento en que volví á mi natural, un ataque de ilusiones. Hubiera olvidado este ataque si no le hubiese consignado en un pequeño diario el día de mi crisis, la única nota que he encontrado de aquel tiempo para ayudar mi memoria. Por esta vez fue un terreno árido, cubierto de digitales, lo que me hizo olvidar el resto del mundo; mi vista se deslizaba en aquel mar de tallos purpúreos, y solo era detenida á lo lejos por la azulada cordillera de Cantal. En la naturaleza, esceptuando el cielo, el Océano y el sol, no son por lo regular las grandes cosas las que me ilusionan mas: estas me producen únicamente una sensación de grandeza que pone mi pequeñez abismaña y no consolada á los pies de Dios. Pero una flor cogida al acaso, una corriente de agua que se desliza por entre juncos, un pájaro que va volando y que se detiene delante de mí, me llevan insensiblemente á toda clase de ilusiones. ¿No vale mas enternecerse sin saber por qué, que buscar en la vida sensaciones embotadas y entibiadas por su repetición y por su número? Hoy todo se ha gastado, sin exceptuar el dolor.

En Narbona vi el canal de los Dos-Mares. Corneille, preconizando esta obra, acumula su grandeza á la de Luis XIV:

«El Garona y el Tarn, en sus grutas profundas, suspiran há muchos años por reunir sus aguas, haciendo correr por sus inclinadas corrientes los tesoros de la aurora á las riberas del Poniente. Pero la naturaleza, sujeta á leyes eternas, ha opuesto á sus benéficos deseos como obstáculos invencibles una cadena de montes y rocas. Francia, tu rey habla, y las rocas desaparecen; la tierra abre su seno y los montes se humillan. Todo cede, etc.»

En Tolosa contemplé desde el puente del Garona la estensa línea de los Pirineos; debía atravesarla cuatro años después: los horizontes se suceden lo mismo que nuestros días.

Me propusieron si queria ver el cuerpo momificado de la bella Paula, que se conserva en una bóveda; ¡felicé los que creen sin ver! Montmorency había sido decapitado en el patio de la casa de ayuntamiento: esta cabeza cortada era demasiado importante, puesto que aun se habla de ella después que tantas otras han sido cortadas posteriormente. No sé si en la historia de los procesos criminales existe un testimonio que haya hecho conocer mejor la identidad de un hombre: «El fuego y el humo de que estaba cubierto, dice Guitaut, me impidieron reconocerle al pronto; pero viéndolo á un hombre que después de haber roto seis de nuestras filas destrozaba aun los soldados de la séptima, juzgué que no podía ser otro que Montmorency; y me aseguré de ello cuando le vi tendido sobre su caballo muerto.»

La iglesia abandonada de Saint-Servin me admiró por su arquitectura. Este templo es un monumento de la historia de los Albigenses, que hace resucitar el poema, tan bien traducido por Mr. Fauriel:

«El valiente joven Condé, la luz y el heredero de su padre, la cruz y el acero, entran juntos por una de las puertas. No quedó dentro de las casas una sola joven. Los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, miraban todos al conde como á una flor del rosal.»

De la época de Simon de Monfort data la pérdida de la lengua de Oc: «Simon, viéndose señor de tantas tierras, las repartió entre los caballeros, franceses y estranos, *atque loci leges dedimus*,» dicen los ocho obispos y arzobispos signatarios.

Hubiera deseado haber tenido tiempo para tomar noticias en Tolosa de una de las personas que mas he admirado; de Cujas, escritor tendido á pierna suelta

y rodeado de sus libros. No sé si se ha conservado el recuerdo de Susana, su hija, casada dos veces. La constancia no era seguramente su prenda mas apreciada, y hacia de ella muy poco caso; y ello es que alimentó á uno de sus maridos con las infidelidades de que murió el otro. Cujas fue protegido por la hija de Francisco I, Pibrac por la hija de Enrique II, dos Margaritas de la sangre de los Valois, favoritas de las musas. Pibrac es célebre por sus cuartetos, traducidas en persa. (Hallábame yo tal vez alojado en la casa del presidente, su padre.) «¡Este buen Mr. de Pibrac, dice Montaigne, tenía un talento tan agudo, sus ideas eran tan sanas, sus costumbres tan pacíficas, su alma estaba en tal desproporción con nuestra corrupción y nuestros disturbios!» Y Pibrac hizo la apología de la Saint-Barthelemy!

Corría sin poderme detener; la suerte me remitía á 1838 para admirar en detalles la ciudad de Raimundo de Saint-Gilles, y para hablar de los nuevos conocimientos que he hecho; Mr. de Lavergne, hombre de talento, de genio y de raciocinio; Mlle. Honorina Gasc, la Malibran futura. Esta, en mi nueva calidad de servidor de Isaura, me recordaba los versos que Chapelle y Bachaumont escribían en la isla de Ambijoux, cerca de Tolosa:

«¡Oh, cuán feliz sería el que en este delicioso sitio, amado constantemente de Silva, pudiese, siempre enamorado, pasar su vida con ella!»

¡Ojalá que Mlle. Honorina pueda siempre estar en guardia contra su bella voz! Los talentos son *el oro de Tolosa*; siempre atraen la desgracia.

Burdeos hallábase apenas desembarazado de sus cadalsos y de sus cobardes girondinos. Todas las ciudades que veía parecían mujeres hermosas convalecientes de una violenta enfermedad y que empezaban á respirar. En Burdeos había Luis XIV en otro tiempo hecho derribar el palacio de las *Tutelles* con el objeto de edificar el Chateau-Trompette; Spon y los amigos de la antigüedad tuvieron un sentimiento:

«¿Por qué se han de demoler esas columnas de los dioses, obra de los Césares, monumento tutelar?»

Apenas se veían algunos restos de las *Arenes*. Si se consagrara un sentimiento á cada cosa que perece, sería preciso sentir mas de lo que se puede.

Me embarqué para Blaye. Vi el castillo, entonces ignorado, al cual en 1833 dirigí estas palabras:—«¡Cautivo de Blaye! ¡Yo siento no poder hacer nada en vuestros destinos presentes!» Me dirigí á Rochefort, y fui á Nantes por la Vandée.

Este país mostraba como un antiguo guerrero las cicatrices de su valor. Huesos ennegrecidos por el tiempo y ruinas ennegrecidas por las llamas se presentaban á la vista admirada. Cuando los vandeanos se hallaban próximos á atacar al enemigo, se arrodillaban y recibían la bendición de un sacerdote: la oración pronunciada sobre las armas no era reputada como una debilidad, porque el vandeano que elevaba su espada hacía el cielo pedia la victoria y no la vida.

La diligencia en que iba hallábase atestada de viajeros que contaban las violencias y los asesinatos con que habían glorificado su vida en la guerra vandeana. El corazón me latía con violencia, cuando habiendo atravesado el Loira, en Nantes, entré en Bretaña. Pasé á lo largo de aquellas paredes del colegio de Rennes, que vieron los últimos años de mi infancia. No pude permanecer mas que veinte y cuatro horas al lado de mi esposa y de mis hermanas, y volví á París.

París 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—MR. DE LAHARPE.—SU MUERTE.

Llegué á tiempo para ver morir á un hombre que

pertenecía á esos nombres superiores del segundo orden en el siglo XVIII, y que, formando una vanguardia sólida en la sociedad, daban á esta estension y consistencia.

Habia conocido yo á Mr. de Laharpe en 1789; como Flins, habíase apasionado en extremo de mi hermana, la condesa de Tarcy. Iba á verme con tres abultados volúmenes de sus obras bajo sus pequeños brazos, asombrado de que su gloria no triunfase de los mas rebeldes corazones... Hablando alto, con la fisonomía animada, se desataba contra los abusos, mandando hacerse una tortilla en casa de los ministros, cuya

mesa solo le agradaba comiendo con los dedos, metiendo en los platos sus mangas, diciendo groserías filosóficas á los mas altos funcionarios, que se reían de sus insolencias; pero en resumen, era un talento imparcial, claro, justo, aun en medio de sus pasiones, capaz de apreciar el talento, de admirarlo, de llorar con hermosos versos ó por una buena accion, y teniendo uno de esos caracteres propios para arrepentirse. Su fin no desdijo de su vida: le ví morir con un valor cristiano, no habiendo conservado orgullo sino con la impiedad ni odio sino al lenguaje revolucionario.

A mi vuelta de la emigracion, la religion habia he-



ENTREVISTA DE CHATEAUBRIAND Y EL PRIMER CÓNsul.

cho de Mr. de Laharpe un admirador de mis obras: la enfermedad de que se hallaba atacado no le impedía trabajar; recitábame trozos de un poema que estaba componiendo sobre la revolucion: notábanse en él algunos versos enérgicos contra los crímenes de la época y contra las *honradas gentes* que los habian tolerado.

«Si ellos se han atrevido á todo, es porque todo se lo habeis permitido. ¡Cuanto mas vil es el opresor, mas infame es el esclavo!»

Olvidando que se hallaba enfermo, con un gorro blanco en la cabeza y una bata entretelada, declamaba con toda la fuerza de sus pulmones; despues, dejando caer de las manos el papel, decia con una voz que

apenas se le entendia: — «No puedo mas; siento que se me arrancan las entrañas.» Y si desgraciadamente entraba ó pasaba por su lado alguna criada, volvía á tomar en el momento su voz de estentor, gritando: — ¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Cerrad la puerta!» Diciéndole yo un dia: — «Vivireis para servir á la religion» me contestó: — «¡Ah, seguramente que si! Yo sería muy bueno para Dios; pero no quiere que asi sea, y moriré uno de estos dias.» Y volviendo á caer sobre su sillón, y metiéndose el gorro hasta las orejas, espiaba su orgullo con su resignacion y su humildad.

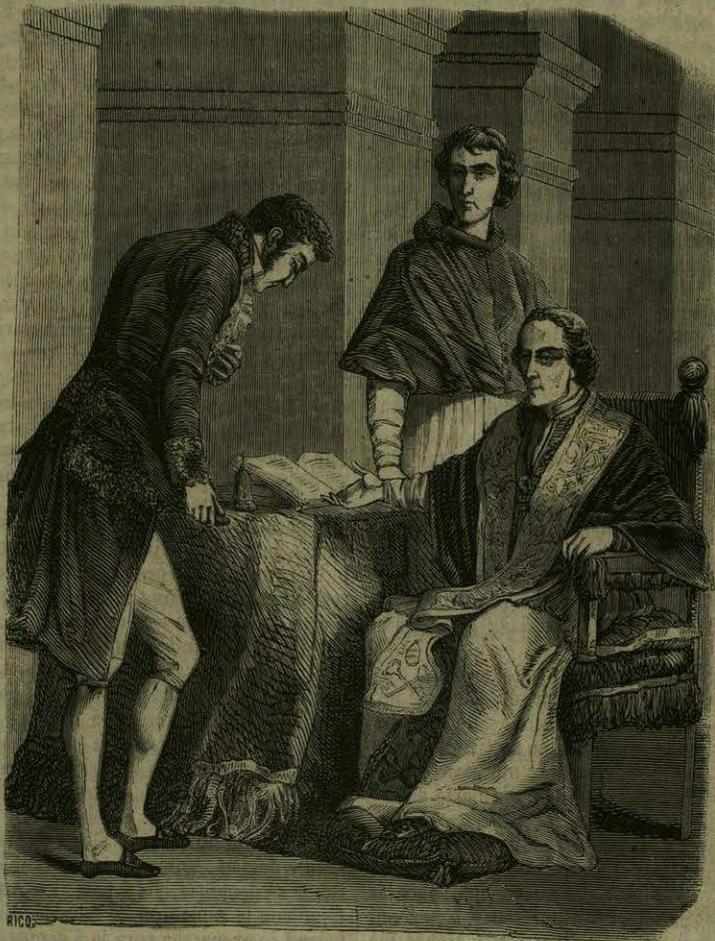
En una comida en casa de Mignaret le habia oido hablar de sí mismo con la mayor modestia, diciendo que nada habia hecho que fuese de gran valor, pero

que creía que el arte y la lengua no habian degenerado entre sus manos.

Mr. de Laharpe dejó este mundo el 11 de febrero de 1803; el autor de *Las Estaciones* moria casi al mismo tiempo en medio de todos los consuelos de la filosofia como Mr. de Laharpe entre los de la religion; el uno visitado por los hombres, y el otro por Dios.

Mr. de Laharpe fue enterrado el 12 de febrero de 1803 en el cementerio de la barrera de Vaugirard. Colocado el ataúd al borde de la fosa, sobre el pequeño monton de tierra que le debia cubrir, Mr. de

Fontanes pronunció un discurso. La escena era lúgubre: torbellinos de nieve caían del cielo y blanqueaban el paño fúnebre que el viento levantaba para dar paso á las últimas palabras de la amistad hasta los oídos de la muerte. El cementerio ha sido destruido, y Mr. de Laharpe exhumado; apenas se veian algunas pocas de sus pacíficas cenizas. Casado durante el directorio, Mr. de Laharpe no habia sido muy dichoso con su linda esposa. Le tomó esta horror desde el momento que le vió, y no le concedió jamás ninguno de los derechos adquiridos.



PIO VII RECIBIENDO AL AUTOR DEL GENIO DEL CRISTIANISMO.

Por lo demás, Mr. de Laharpe habia, como todo lo demás, disminuido al lado de la revolucion, que se engrandecía cada vez mas: las reputaciones procuraban retirarse ante el representante de esta revolucion asi como los peligros perdian ante él su poder.

Paris 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—ENTREVISTA CON BONAPARTE.

En tanto que nos hallábamos ocupados de vivir y morir en el olvido, la marcha gigantesca del mundo se perpetraba; el hombre del tiempo ocupaba su alto

puesto en la raza humana. En medio de los grandes trastornos precursores de la descomposicion universal, habia yo desembarcado en Calais, para concurrir á la accion general en la parte asignada á cada soldado. El primer año del siglo llegué al campo en que Bonaparte batía en retirada á los destinos, y pronto fue nombrado primer cónsul perpétuo.

Despues de la adopcion del concordato por el cuerpo legislativo en 1802, Luciano, ministro de lo interior, dió una fiesta en honor de su hermano á la que fui invitado, por haber reunido las fuerzas cristianas y llevádaslas á la pelea. Hallábame en la galería cuando entró Napoleón: me sorprendió agradablemente; nunca le habia visto sino de lejos: su sonrisa era afa-

ble; sus ojos inmejorables, sobre todo por el modo con que se hallaban colocados bajo su frente y bajo sus cejas. No había aun en su mirada ninguna charlataneria, nada de teatral ni afectado. *El Genio del cristianismo*, que metía mucho ruido por entonces, había obrado sobre Napoleon. Una imaginación prodigiosa animaba á aquel político tan glacial: no hubiera llegado á ser lo que era, si la musa no hubiese tomado parte; la razón ponía en práctica las ideas del poeta. Todos estos hombres grandes son siempre un compuesto de dos naturalezas, porque es menester que sean capaces de inspiración y de acción: la una engendra la idea; la otra la lleva á cabo.

Bonaparte me vió y me reconoció, no sé en qué. Cuando se dirigió hacia mí no se podía conocer á quién buscaba: abríanse sucesivamente las filas de concurrentes; cada uno de por sí esperaba que el cónsul se detuviera ante él; parecía que Bonaparte experimentaba una cierta impaciencia conociendo estas equivocaciones. Me coloqué detrás de todos; pero Bonaparte alzó la voz, y me dijo: «Mr. de Chateaubriand!» Quedeme entonces solo y delante de los demás, porque la concurrencia se retiró, y se colocó formando círculo alrededor de los interlocutores. Bonaparte se acercó á mí con agrado, ahorrando cumplidos, ociosas preguntas, y sin preámbulo alguno me habló del Egipto y de los árabes, como si fuese su íntimo amigo, y como si no hiciese otra cosa que seguir una conversación empezada de antemano entre nosotros.—«Me sorprendía, dijo, siempre que veía á los Cheiks volverse hacia el Oriente y tocar la arena con su frente. ¿Qué sería esa cosa desconocida que adoraban en el Oriente?»

Bonaparte se paró un momento, y pasando sin transición á otra idea:—«El cristianismo! ¿Los ideólogos no han querido hacer de él un sistema de astronomía? Aun cuando fuera así, ¿podrían acaso persuadirme de que el cristianismo es mezquino? Si el cristianismo es una alegoría del movimiento de las esferas, la geometría de los astros, los espíritus fuertes han concedido á su pesar demasiada grandeza al infame.»

Bonaparte se retiró al momento. Como á Job durante la noche «se presentó un espíritu delante de mí; las carnes se me erizaron; allí estuvo; no conozco su semblante, y he oído su voz como un ligero soplo.»

Mi vida no ha sido otra cosa que una sucesión de fantasmas; el infierno y el cielo se han abierto continuamente bajo mis pies ó sobre mi cabeza, sin que haya tenido tiempo para sondear sus tinieblas ó sus resplandores. Una sola vez he encontrado al hombre del siglo pasado y al hombre del nuevo siglo sobre las riberas de ambos mundos; Washington y Napoleon. Hable un breve rato con uno y con otro; ambos me enviaron á la soledad: el primero por medio de una benévola despedida, el segundo por un crimen.

Noté yo que al cruzar por entre la concurrencia Bonaparte fijaba sobre mí miradas mas profundas que las que me había dirigido al hablarme. Seguialo yo también con los ojos:

¿Che é quel grande; che non par che curi
L'incendio?

«¿Quién es el grande que no se cuida del incendio?» (Dante.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1803.—SOY NOMBRADO PRIMER SECRETARIO DE EMBAJADA EN ROMA.

De resultas de esta entrevista, Bonaparte pensó en mí para enviarme á Roma; había conocido al primer golpe de vista cómo y en dónde podía serle útil. Importábele poco que no me hubiese anteriormente ocu-

pado en los negocios, y que ignorase hasta la primera palabra de la diplomacia práctica, creía que ciertos talentos saben siempre y que no necesitan aprendizaje. Era un gran conocedor de los hombres, pero quería que no tuviesen talento mas que para él, y con la condición de que se hablase poco de este talento; celoso de toda reputación, la miraba como una usurpación de la suya: no debía haber en el universo nadie mas que Napoleon.

Fontanes y Mad. Bacciochi me hablaron de lo satisfecho que había quedado el cónsul de mi conversación: yo no había desplegado mi boca, y esto quería decir que Bonaparte se hallaba satisfecho de sí mismo. Me instaron á que me aprovechara de mi fortuna. Jamás había pasado por mi imaginación la idea de llegar á ser algo: así es que rehusé. Entonces interpusieron una autoridad á la que me era difícil resistir.

El abate Emery, director del seminario de San Sulpicio, vino á conjurarme, á nombre del clero, que aceptase por el bien de la religión la plaza de primer secretario de la embajada que Bonaparte destinaba á su tío, el cardenal Fesch. Hizome notar que no siendo gran cosa la aptitud del cardenal, llegaría á hacerme dueño absoluto de los negocios. Una estraña casualidad me había relacionado con el abate Emery: había pasado, como ya lo sabeis, á los Estados-Únidos, en compañía del abate Nagot y de algunos seminaristas... Este recuerdo de mi oscuridad, de mi juventud, de mi vida de viajero, que se reflejaba en mi vida pública, me ocupaba el espíritu y el corazón. El abate Emery, estimado por Bonaparte, era astuto por su naturaleza, por su traje y por la revolución, pero esta triple astucia no le servía sino en provecho de su verdadero mérito: ambicioso únicamente de hacer bien, no obraba sino para la mayor prosperidad del seminario. Circunspecto en sus acciones y en sus palabras, hubiera sido infructuoso el intentar violentarle, porque siempre presentaba fácil acceso en sus giros, en cambio de una voluntad que jamás cedía: su fuerza consistía en esperar sentado sobre su tumba.

No le salió bien la primera tentativa; pero volvió á la carga, y su paciencia me venció. Acepté el empleo que tenía encargo de proponerme, convencido de mi inutilidad para el puesto á que me destinaban: no valgo para nada hallándome en segunda línea. Hubiera tal vez retrocedido aun, si la idea de Mad. de Beaumont no hubiese venido á poner término á mis escrúpulos. La hija de Mr. de Montmorin se hallaba á las puertas de la muerte; el clima de Italia debía serle, según decían, sumamente favorable; yendo yo á Roma se decidiría ella á pasar los Alpes, y me sacrificué con la esperanza de salvarla. Mad. de Chateaubriand se preparaba para ir á reunirse conmigo; Mr. Joubert hablaba de acompañarla, y Mad. de Beaumont partió para Mont-d'Or, con el objeto de completar su curación á orillas del Tiber.

Mr. de Talleyrand ocupaba el ministerio de negocios estranjeros; me expidió el nombramiento, y como en su casa: quedó siempre fijo en mi imaginación tal como le había ella colocado desde el primer momento. Por lo demás, sus buenos modales hacían un raro contraste con los de los tunantes que le rodeaban; sus truhanerías eran de una grande importancia; á los ojos de aquella desmoralizada turba la corrupción de las costumbres pasaba por genio; la superficialidad del talento, por profundidad. La revolución era demasiado modesta; no apreciaba lo bastante su superioridad; no es gran cosa, á pesar de todo, el hallarse á mayor ó á menor altura que el crimen.

Vi á los eclesiásticos apegados al cardenal; como al alegre abate de Bonnevie, limosnero en otro tiempo del ejército de los príncipes, que se había hallado en la retirada de Verdun; había sido también gran vicario del obispo de Chalons, Mr. de Clermon-Tonnerre,

que se embarcó despues que nosotros para reclamar una pensión de la Santa Sede, en calidad de *Chiaromonte*. Terminados todos mis preparativos, me puse en camino; debía hallarme en Roma antes que el tío de Napoleon.

Paris 1858.

AÑO DE MI VIDA 1803.—VIAJE DE PARIS Á LOS ALPES DE SABOYA.

En Lyon vi á mi amigo Mr. Ballanche. Fui testigo de la renaciente festividad del *Corpus*; me creía con derecho á aquellos ramilletes de flores, á aquella alegría del cielo que había respetado en la tierra.

Continué mi camino; hallaba en todas partes una cordial acogida; mi nombre se hallaba mezclado al restablecimiento de los altares. El placer mas vivo que he experimentado es el de haber sido honrado en Francia y en el extranjero con las muestras de un interés como el que me profesaban. Sucediame alguna vez, en tanto que descansaba en alguna posada de un pueblo, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo; traíanme aquel hijo, decían, para que me diese gracias. ¿Era amor propio el placer que entonces experimentaba? ¿Qué importaba á mi vanidad el que oscuras y honradas gentes me manifestasen su satisfacción en un camino real, en un sitio en que nadie los oía? Lo que me enternecía, á lo menos así me atrevo á creerlo, era el haber hecho algun bien, haber consolado algunos afligidos y hecho renacer en el fondo de las entrañas de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano; esto es, un hijo sumiso, respetuoso y amante de su familia. ¿Hubiera experimentado esta satisfacción pura si hubiese escrito un libro en que se hubieran menoscabado las costumbres y la religión?

Saliendo de Lyon, el camino era muy triste; desde la Tour-du-Pin hasta Pont de Beauvoisin es frondoso y ameno.

En Chambéry, donde el alma caballeresca de Bayardo se presentó tan sublime, una mujer recogió á un pobre hombre, quien por premio de la hospitalidad que había recibido se creyó filosóficamente obligado á deshonrarla. Tal es el peligro de las letras; el deseo de hacer ruido se sobrepone á todos los sentimientos de generosidad; si Rousseau no hubiese llegado á ser un escritor célebre, hubiera ocultado en los valles de Saboya las debilidades de la mujer que le había alimentado; hubiérase sacrificado á los defectos de su amiga; la hubiera consolado en su vejez en lugar de darle una caja de tabaco y huir. ¡Ah; que la voz de la amistad ultrajada no se eleve jamás contra nuestra tumba!

Despues de pasar Chambéry, se presenta la corriente del Isere. Vénse por todas partes y en medio de los valles cruces sobre los caminos y madonas en los troncos de los árboles. Las pequeñas iglesias, rodeadas de arboleda, forman un bello contraste con las elevadas montañas. Cuando los torbellinos del invierno descienden de estas cimas cubiertas de témpanos de hielo, el saboyano se pone á cubierto en su templo campestre, y reza.

Los valles que se recorren bajo Motmelian hallanse bordeados por montes de variadas formas, ya desnudos y ya vestidos de espesas selvas.

Aiguebelle parece terminar los Alpes; pero al volver una roca aislada caída en el camino, se dejan ver nuevos valles que siguen el curso del Arche.

Los montes se elevan á los lados del río; sus flancos se van haciendo cada vez mas perpendiculares; sus cimas estériles empiezan á presentarse cubiertas de nieve; precipítanse desde ellas torrentes que van á engrosar el Arche. En medio de este tumulto de las aguas se nota una pequeña cascada que se desliza con una gracia indecible bajo un toldo de sauces.

Habiendo atravesado por Saint-Jean-de-Maurienne y llegado á Saint-Michel al ponerse el sol, no pude hallar caballos: viéndome precisado á detenerme, salí á dar una vuelta por fuera del pueblo. La atmósfera se presentaba trasparente en la cresta de las montañas; sus picos se dibujaban con una limpieza asombrosa, en tanto que una densa oscuridad, partiendo de sus pies, se elevaba hacia sus cimas. El canto del ruiseñor resonaba al pie; el grito del águila en su cúspide; el almezc florido destacábase en el valle; la blanca nieve sobre la montaña. Un castillo, obra de los cartagineses, según tradición popular, presentábase sobre las obras exteriores cortadas en picos. Allí se había incorporado á la roca el odio de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos. La venganza del género humano pesaba sobre un pueblo libre que no podía elevar el edificio de su grand:za sino con la esclavitud y la sangre del resto del mundo.

Partí á la salida del sol, y llegué á las dos á Langsle-Bourg, al pie de Mont-Cenis. Al entrar en el pueblo vi á un paisano que tenía cogido un aguilucho por las patas; una multitud cruel maltrataba al jóven rey insultando la debilidad de la edad y la magestad caída: el padre y la madre del noble huérfano habían sido muertos; propusieronme que si quería comprarlo: despues murió de resultas de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir antes de mi llegada. Acordeme entonces del desgraciado niño Luis XVII; hoy pienso en Enrique V. ¡Qué rapidez de caída y de desgracia!

En este punto empiézase á subir el Mont-Cenis, y se deja el pequeño río Arche, que conduce al pie de la montaña. Al otro lado de Mont-Cenis el Doira os abre las puertas de Italia. Los rios no solo son *grandes caminos que andan*, como los llama Pascal, sino que trazan además el camino á los hombrés.

Cuando me vi por la vez primera en la cima de los Alpes, apoderóse de mí una emoción estraña; hallábame como la alondra, que cruzaba al mismo tiempo que yo la helada plataforma, y que despues de haber entonado su canción en la llanura se arrojaba sobre la nieve en vez de bajar sobre las mieses. Las estancias que me inspiraron estas montañas en 1822 pintan bastante bien los sentimientos que me agitaban en los mismos sitios en 1803.

«¡Alpes, vosotros no habeis experimentado el poder de mis destinos! El tiempo nada puede contra vosotros; vuestras frentes han soportado insensiblemente los años que pesan sobre la mia.»

«Por la vez primera, cuando anhelante de esperanzas atravesaba por vuestras cimas, abríase ante mis ojos un porvenir inmenso como el horizonte.»

¡La Italia se veía á mis pies, y delante de mí el mundo!

¿He penetrado yo verdaderamente en ese mundo? Cristóbal Colon tuvo una aparición, que le presentaba la tierra de sus sueños antes de que la hubiese descubierto. Vasco de Gama encontró en su camino el gigante de las tempestades: ¿cuál de esos dos grandes hombres me ha profetizado mi porvenir? Lo que hubiera yo deseado ante todo habría sido una vida llena de gloria por sus resultados y oscura por su destino. ¿Sabeis cuáles son las primeras cenizas europeas que reposan en América? Son las de Biorn, el escandinavo: murió al llegar á Uniland, y fue enterrado por sus compañeros sobre un promontorio. ¿Quién tiene noticia de esto? ¿Quién conoce á aquel cuya vela se adelantó al navío del piloto genovés en el Nuevo-Mundo? Biorn duerme sobre la punta de un ignorado cabo desde hace mil años, y su nombre no nos ha sido transmitido sino por los cantos de los bardos en un idioma que ya no se habla.

DE MONT-CENIS A ROMA.—MILAN Y ROMA.

Habia empezado mis expediciones en sentido inverso al de los demás viajeros: las antiguas selvas de la América se habían ofrecido á mis ojos antes que las antiguas ciudades de Europa. Casi en medio de ellas, en el momento en que se rejuvenecían y morían á la vez en medio de una revolución nueva. Milan se hallaba ocupado por nuestras tropas: acababan de tomar el castillo, testigo de las guerras de la edad media.

El ejército francés se acampaba, como una colonia militar, en las llanuras de Lombardia. Custodiados de trecho en trecho por sus camaradas colocados de centinela, estos extranjeros de la Galia, cubiertos con la gorra de cuartel, llevando su sable á guisa de hoz, por bajo de su chupa redonda, parecían segadores activos y alegres. Ellos trasladaban las piedras, rodaban los cañones, conducían carretillas, y construían cobertizos y barracas de follaje. Los caballos saltaban, caracoleaban, se echaban de manos como perros que acariciarán á sus amos. Los italianos vendían frutas en el mercado de esta feria armada: unos soldados les regalaban sus pipas y sus eslabones, diciéndoles como los antiguos bárbaros, sus antepasados, á sus mujeres:—«Yo, Fotrad, hijo de Eupert, de la raza de los Francos, te doy á ti, Helgine, mi esposa querida, en honor á tu belleza (*in honore pulchritudinis tue*), mi habitación en el barrio de los Pinos.»

Nosotros somos enemigos muy singulares: encontramos al pronto un poco insolentes, un tanto demasiado alegres, bastante inquietos; pero apenas hemos vuelto la espalda, cuando ya se nos echa de menos. Activo, inteligente, espiritual, el soldado francés interviene en los quehaceres del patron en cuya casa está alojado, saca agua del pozo, como Moisés por las hijas de Madian, conduce los ganados al redil, corta leña, echa lumbre, cuida de la comida, pasea al niño en sus brazos ó le duerme en la cuna. Su buen humor y su actividad dan vida á todo; acostúmbranse á mirarle como de la familia. Pero apenas se deja oír el tambor, cuando corre por sus armas, deja á las hijas de su patron llorando su pérdida, y deja la habitación, en la que no vuelve á pensar hasta que se halla en los Inválidos.

A mi paso por Milan un pueblo inmenso, al despertar, abría por un momento sus ojos. La Italia salía de su letargo, y se acordaba de su genio como de un sueño divino, útil á nuestro país renaciente: llevaba á la mezquindad de nuestra pobreza la grandeza de la naturaleza trasalpina, acostumbrada como estaba esta Ausonia á las obras maestras de las artes y á las altas reminiscencias de una patria famosa. Llegó el Austria, volvió á tender su manto de plomo sobre los italianos, y les obligó á volver á encerrarse en sus tumbas. Roma volvió á ocultarse en sus ruinas, Venecia en su mar. Venecia se doblegó embelleciendo el cielo con su última sonrisa y reclinóse encantadora sobre sus olas como un astro que no debe alzarse ya nunca.

El general Murat mandaba en Milan. Tenía yo para él una carta de Mad. Bacciocchi. Pasé el día con sus ayudantes de campo: estos no se hallaban tan exhaustos como mis camaradas delante de Thionville. La cortesía francesa aparecía bajo las armas, probando que era la misma cortesía del tiempo de Lautrec.

Comí de gran etiqueta el 23 de junio en casa de Mr. de Melei con motivo del bautismo de un hijo del general Murat. Mr. de Melei había conocido á mi hermano; los modales del vice-presidente de la república cisalpina eran escogidísimos; su casa parecía la casa de un príncipe acostumbrado á serlo: me trató política y friamente, y me hallé exactamente conforme con él en su modo de pensar.

Llegué á mi destino el día 27 de junio por la tarde, ntevispera de San Pedro; el príncipe de los apóstoles

me esperaba, como mi indigente patron me recibió posteriormente en Jerusalem. Había seguido el camino de Florencia, de Siena y Radicofaccio. Me apresuré á visitar á Mr. Cacault, á quien sucedía el cardenal Fesch, en tanto que yo reemplazaba á Mr. Artaud.

El día 28 de junio no descansé un momento; eché mi primera ojeada sobre el Coliseo, el Panteon, la columna de Trajano y el castillo de San Angelo. Por la noche Mr. Artaud me llevó á un baile en una casa de los alrededores de la plaza de San Pedro. Veíase la guirnalda de fuego de la cúpula de Miguel Angel entre los torbellinos de vales que se agitaban tras de las ventanas abiertas. Los cohetes del muelle de Adriano se encorvaban hácia San Onofre sobre la tumba del Tasso; el silencio, el abandono y la noche ocupaban el campo romano.

El siguiente día asistí á la función de San Pedro. Pio VII, pálido, triste y religioso, era el verdadero pontífice de las tribulaciones. Dos días despues fui presentado á su santidad: me hizo sentar á su lado. Un ejemplar de *El Genio del Cristianismo* se hallaba abierto sobre su mesa. El cardenal Consalvi, astuto y firme, que hacia siempre una oposicion política y suave, era el antiguo político romano resucitado, sin la fe del tiempo antiguo y la tolerancia del actual.

Recorriendo el Vaticano, me detuve á contemplar aquellas escaleras, por las que cómodamente se puede subir á caballo; aquellas galerías ascendentes replegadas unas encima de otras, decoradas de obras maestras, á lo largo de las cuales los papas de otros tiempos pasaban con toda su pompa; aquellos aposentos que han adornado tantos artistas inmortales y admirado tantos hombres ilustres, Petrarca, Tasso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, y despues reinas y reyes ó poderosos ó destronados; en fin, un pueblo de peregrinos legado de las cuatro partes del mundo; todo esto, inmóvil y silencioso ahora, teatro cuyo proscenio abandonado, y descubierto ante la soledad, es apenas visitado por un rayo de luz.

Me habían recomendado que me pasease á la luz de la luna: desde lo alto de la Trinidad-del-Monte los lejanos edificios aparecian como los bocetos de un pintor ó como las costas nebulosas vistas desde la mar á bordo de una embarcacion. El astro de la noche, ese globo que se supone un mundo que ha perecido, paseaba sus pálidos desiertos sobre los desiertos de Roma, é iluminaba las calles sin habitantes, las plazas, los jardines desiertos, los monasterios donde no se oía la voz de las cenobitas, los claustros tan silenciosos y tan despoblados como los pórticos del Coliseo.

¿Qué sucedió hace diez y ocho siglos en semejante sitio y á semejante hora? ¿Qué hombres han quedado aquí las sombras de esos obeliscos, despues que esta sombra hubo cesado de dibujarse sobre las arenas del Egipto? No solo la Italia antigua ha cesado de existir, sino que ha desaparecido tambien la Italia de la edad media. Sin embargo, la raza de esas dos Italias está aun diseñada en la ciudad eterna: si la Roma moderna presenta su San Pedro y sus obras maestras, la Roma antigua le opone su panteon y sus ruinas; si la una hace descender del Capitolio sus cónsules, la otra saca del Vaticano sus pontífices. El Tiber separa ambas glorias asentadas sobre el mismo polvo; Roma pagana se hunde cada vez mas en sus tumbas, y Roma cristiana vuelve á descender poco á poco á sus catacumbas.

PALACIO DEL CARDENAL FESCH.—MIS OCUPACIONES.

El cardenal Fesch había alquilado muy cerca del Tiber el palacio Lancelotti; allí conocí despues, en 1827, á la princesa Lancelotti. Diéronme habitación en el piso mas alto: al entrar en ella una infinidad de pulgas saltaron á mis piernas, de manera que volvieron negro mi pantalon blanco. El abate de Bot-

nieve y yo hicimos limpiar nuestra morada lo mejor que se pudo. Me creia trasplantado segunda vez á mi chiribitil de NewRoad: este recuerdo de mi pobreza no me era desagradable. Instalado en aquel gabinete diplomático, empecé á dar pasaportes y á ocuparme de asuntos de tanta importancia como el dicho. Mi letra era un obstáculo para mi talento, y el cardenal Fesch se encogía de hombros al ver mi firma. No teniendo casi nada que hacer en mi aérea habitacion, me entretenía en mirar por cima de los tejados á unas planchadoras de una casa vecina, con quien había establecido una especie de telégrafo: una futura cantante, ejercitando su voz me perseguía con su eterno solfeo: ¡feliz yo cuando por casualidad pasaba algun entiero para suspender mi fastidio! De lo alto de mi ventana vi cierto dia en el abismo de la calle un cortejo fúnebre de una jóven madre: conducíanla con la cara descubierta entre dos filas de peregrinos vestidos de blanco; su hijo recién nacido, y muerto tambien, iba á sus piés coronado de flores.

Cometí por entonces una gran falta: sin saber lo que me hacia, creí deber ir á ofrecer mis respetos al rey abdicatario de Cerdeña. Este paso causó una horrible alharaca: todos los diplomáticos se pusieron en conmocion.—«¿Se ha perdido, se ha perdido!» repetían con la piadosa alegría que se experimenta por las desgracias de un hombre, sea quien sea. No hubo saltimbanqui diplomático que no se creyese superior á mí desde lo alto de su ignorancia. Esperaban mi caída aun cuando yo nada significase: no importa; caía alguno, y esto siempre causa alegría. En mi sencillez no me apercibía yo de mi crimen. Los reyes á quienes se creía daba yo una gran importancia no tenían otra á mis ojos que la de la desgracia. Escribieron desde Roma á Paris mis increíbles desaciertos: ¡afortunadamente escribían á Bonaparte; lo que debía ahogarme me salvó!

Sin embargo, aunque de repente y de un salto había llegado á ser primer secretario de embajada, á las órdenes de un príncipe de la Iglesia, tío de Napoleón, y por extraño que esto pareciese, yo no era en realidad mas que un expedicionario de una prefectura. En las controversias que se preparaban hubiera podido tener en qué ocuparme, pero no se me iniciaba en ninguno de los misterios diplomáticos. Yo me plegaba sin esfuerzo á los asuntos contenciosos de Chancillería; ¿para qué perder mi tiempo en detalles al alcance de todos los escribientes?

Despues de mis largos paseos y mis visitas al Tiber, no encontraba al volver mas ocupacion que los parsimoniosos enredos del cardenal, las baladronadas del obispo de Chalons, y las increíbles mentiras del futuro obispo de Marruecos. El abate Guillon, aprovechándose de una semejanza de nombres que sonaban al oído del mismo modo que el suyo, pretendía despues de haberse escapado milagrosamente de los asesinatos de los carmelitas, haber dado la absolucion á Mad. de Lamballe en la Force; vanagloriábase de ser el autor del discurso de Robespierre al Ser Supremo. Aposté un día á que le haría decir que había estado en Rusia; y aunque del todo no convino en ello, confesó modestamente que había pasado algunos meses en San Petersburgo.

Mr. de la Maisonfort, hombre de talento, pero desconocido entonces, se unió á mí, y bien pronto monsieur Bertin el mayor, propietario del *Diario de los Debates*, me favoreció con su amistad, en circunstancias bien tristes. Desterrado á la isla de Elba, por el hombre que volviendo á su vez de la isla de Elba se trasladó á Gante, Mr. Bertin había obtenido en 1803 del republicano Mr. Briot, á quien conocí, el permiso de acabar su destierro en Italia. Con él fue con quien visité las ruinas de Roma, y con quien vi morir á Mad. de Beaumont; dos cosas que han unido su vida á la mía. Crítico lleno de buen gusto, me dió, lo mis-

mo que su hermano, excelentes consejos sobre mis obras. Hubiera demostrado seguramente grandes dotes oratorias si hubiese sido llamado á la tribuna. Legitimista hacia muchos años, habiendo sufrido las pruebas de la prision en el Temple y de la deportacion á la isla de Elba, sus principios permanecían los mismos en su esencia. Siempre permaneceré fiel al compañero de mis malos tiempos: todas las opiniones políticas de la tierra serian demasiado pagadas con el sacrificio de una hora de amistad sincera: nada mas puede pedirme que el que permanezca invariable en mis opiniones, como permanezco fiel á mis recuerdos.

Hácia mediados de mi estancia en Roma, llegó allí la princesa Borghese; estaba yo encargado de proporcionarle zapatos de Paris. Fui presentado á ella, y concluyó su tocador á mi presencia: el jóven y elegante calzado que colocó en sus piés no debía pisar mas que un momento aquella tierra decrepita.

Por fin vino una desgracia á ocupar mi tiempo: este es un recurso sobre el que se puede siempre contar.

Paris 1838.

Revisado en 22 de febrero de 1845

AÑO DE MI VIDA 1803.—MANUSCRITO DE MAD. DE BEAUMONT.—CARTAS DE MAD. DE CAUD.

Quando salí de Francia estábamos todos muy equivocados con respecto á Mad. de Beaumont; esta derramó muchas lágrimas, y su testamento ha probado que se creía herida de muerte. Sin embargo, sus amigos, sin darse parte de sus temores, procuraban tranquilizarse; creían en los milagros de las aguas, llevados á cabo despues por el sol de Italia; separáronse, y tomó cada uno su camino, quedando citados para Roma.

Algunos fragmentos, escritos en Paris, en el *Mont d'Or* y en Roma por Mad. de Beaumont, y hallados entre sus papeles, demuestran cuál era el estado de su alma.

Paris.

«Hace muchos años que mi salud empeora de un modo sensible. Síntomas que yo creía eran la señal de despedida han sobrevenido sin aun hallarme próxima á partir. Las ilusiones se aumentan con los progresos de la enfermedad. He visto muchos ejemplos de esta singular debilidad, y me convenzo de que no me servirán de nada. Ya me presto á hacer remedios tan fastidiosos como inútiles, y sin duda tampoco yo tendré la fuerza suficiente para escusarme de los remedios crueles con que se martiriza á las personas destinadas á morir de una afeccion del pecho. Lo mismo que ellas, me entregaré á la esperanza; ¡á la esperanza! ¿Puedo yo por ventura desear vivir? Mi vida pasada ha sido una sucesion de desgracias; mi vida actual está llena de agitacion y de disgustos; el reposo del alma ha huido de mí para siempre. Mi muerte será un disgusto momentáneo para algunos, un bien para otros, y para mí el bien mas apetecible.

«El 24 floreal, 10 de mayo, á la vez sabía la muerte de mi madre y de mi hermano.

«Yo acabo la postrera y la mas miserable!

«¡Oh! ¡Por qué no tendré valor para morir! Esta enfermedad, que casi tenía la debilidad de temer, se ha detenido, y tal vez me halló condenada á vivir aun largo tiempo: creo á pesar de todo, que moriría con mucho placer;

«Porque no valen mis dias un solo suspiro de mi pecho.

«Nadie puede con mas razon que yo quejarse de la naturaleza: rehusándome todo, me ha dado el sen-

imiento de todo lo que me hace falta. No hay un solo momento en que yo no sienta el peso de la medianía de recursos á que me hallo condenada. Bien sé que la alegría y la felicidad son por lo regular compañeras de esa medianía de que me quejo tan amargamente; pero negándome el don de las ilusiones, la naturaleza me ha proporcionado un suplicio con ella. Aseméjome á un ser caído, que no puede olvidar lo que ha perdido, y que no tiene fuerzas suficientes para reconquistarlo. Esta falta absoluta de ilusiones forma mi desgracia de mil maneras. Yo me juzgo como pudiera juzgarme un indiferente, y veo á mis amigos como son. No hay en mí otra cosa que una extrema bondad, que no tiene la actividad suficiente para ser apreciada, ni para ser verdaderamente útil, y que está desvirtuada enteramente por la impaciencia de mi carácter; esta me hace sufrir tanto mas por las desgracias ajenas, cuanto que me quita los medios de poder repararlas. Debo á ella, sin embargo, los pocos goces que he tenido en mi vida; á ella debo sobre todo el no conocer la envidia, compañera por lo regular inseparable de una medianía sin conformidad.»

MONT-D'OR.

«Había formado el proyecto de entrar en algunos detalles relativos á mí; pero el fastidio me hace caer la pluma de las manos.

«Todo cuanto tiene de penoso y amargo mi situación, se convertiría en felicidad si me hallase segura de cesar de existir dentro de algunos meses.

«Aun cuando estuviese segura de hallarme con el valor suficiente para poner el unico término posible á mis penas, no lo emplearía: sería ir contra mi objeto dar una idea completa de mis sufrimientos y dejar una herida demasiado dolorosa en el alma que he juzgado digna de consolarme en mis males.

«Yo me suplico *llorando* para tomar un partido tan riguroso como indispensable. Carlota Corday dice que *no hay sacrificio que proporcione mas placer que aquel cuya decision ha costado mas trabajo*; pero ella iba á morir, y yo puedo vivir aun mucho tiempo. ¿Qué será de mí? ¿Dónde me ocultaré? ¿Qué tumba deberé elegir? ¿Cómo escudarme contra la esperanza de entrar en ella? ¿Qué poder podrá tapiar la puerta de esa esperanza?

«Alejarme á ese silencio, dejarme olvidar, enterarme para siempre: tales son los deberes que me he impuesto y que espero tener el valor de cumplir. Si el cáliz es demasiado amargo, olvidada una vez, no habrá nada que me obligue á apurarle, y tal vez mi vida no será tan larga como temo.

«Si hubiese determinado el sitio de mi retiro, creo que me hallaría mas tranquila, pero la dificultad del momento se une á las que emanan de mi debilidad, y es menester un pulso sobrenatural para obrar una contra sí misma con resolución; para tratarse con tanto rigor como pudiera hacerlo un enemigo violento y cruel.»

Roma 28 de octubre.

«Hace diez meses que no he dejado de sufrir un solo momento; hace seis que tengo todos los síntomas de la enfermedad del pecho, y algunos del último grado; ¡no me faltan mas que las ilusiones, y aun esas puede que no del todo!»

Mr. Joubert, asustado de este deseo de morir que atormentaba á Mad. de Beaumont, la dirigía estas palabras en sus *Pensamientos*: «Amad y respetad la vida, sino por ella, al menos por vuestros amigos: sea cual fuere el estado en que se halle la vuestra, siempre desearía mas veros ocupada en retejerla que en deshilarla.»

Mi hermana escribía por entonces á Mad. de Beau-

mont. Tengo en mi poder esta correspondencia que me ha devuelto la muerte. La antigua poesía representa á no sé qué Nereida como á una flor flotando sobre el abismo: Lucila era esta flor. Comparando estas cartas con los fragmentos citados, se admira uno de aquella semejanza de tristeza de alma, expresada en el diferente lenguaje de aquellos ángeles desgraciados. Cuando pienso en que he estado en relaciones con tales inteligencias, me admiro de valer tan poco. Esas páginas de dos mujeres de una superior inteligencia, que han desaparecido de la tierra á poca distancia una de otra, no se presentan una sola vez á mi vista sin que dejen de afligirme amargamente.

Lascardais 30 de julio.

«He tenido tal placer, señora, en recibir por fin una carta vuestra, que no he querido tomarme el tiempo suficiente para tener el placer de leerla de una vez: he interrumpido su lectura para participar á todos los habitantes de esta casa que acababa de recibir noticias vuestras, sin pensar en que mi alegría no les importaba nada, y que ni aun sabían que estuviese en correspondencia con vos. Viéndome rodeada de semblantes indiferentes, volví á subir á mi cuarto, tomando el partido de estar alegre á solas: Me puse á acabar de leer vuestra carta, y aunque la he vuelto á leer muchas veces, á decir verdad, no estoy aun enterada de todo lo que contiene. La alegría que experimento siempre que veo esta carta tan deseada, perjudica la atención que debiera prestarle.

«¿Con que al fin os decidís á marchar? No vayais, volviendo á Mont-d'Or, á olvidaros de vuestra salud; dedicadle todos vuestros cuidados, os lo suplico con toda la ternura de mi corazón. Mi hermano me dice que espera veros en Italia. El destino, lo mismo que la naturaleza, se complace en diferenciarle de mí de un modo bien favorable. A lo menos no me aventaja en la felicidad de amaros; la partiré con él toda mi vida. ¡Oh, Dios mio! ¡Cuán oprimido tengo el corazón y cuán triste me hallo! ¡No sabéis cuanto bien me producen vuestras cartas, y cuánto desprecio me inspiran hácia mis males! La idea de que os ocupais de mí, de que os interese me da un valor increíble. Escribidme, señora, para que pueda yo conservar una idea que me es tan necesaria.

«No he visto aun á Mr. Chenedolle; deseo mucho su llegada; podré hablarle de vos y de Mr. Joubert, lo que me causará sumo placer. Permitted, señora, que os vuelva á recomendar vuestra salud, cuyo mal estado me aflige y me ocupa continuamente. ¿Cómo es que no os amais? ¡Sois tan digna del amor de todos!... Es preciso que hagais la justicia de ocuparos mas de vos.

»LUCILA.»

2 de setiembre.

«Lo que me decís, señora, con respecto á vuestra salud, me inquieta y me aflige; sin embargo, me tranquilizo pensando en vuestra juventud, y que aunque seais delicada, os hallais, sin embargo, llena de vida.

«Me desespera el que esteis en un país que no es de vuestro agrado. Desearía veros rodeada de objetos propios para distraeros y animaros. Espero que con la vuelta de vuestra salud os reconciliaréis con la Auvernia: no hay, sin embargo, lugar que no pueda ofrecer encantos á vuestros ojos. Por ahora habito en Rennes, y me hallo bastante bien con mi aislamiento. Cambio muy á menudo de habitación,

como ya habéis visto: parezco estar en la tierra como de limosma: efectivamente, no es hoy el primer día que me conceptúo como una de sus producciones superfluas. Creo, señora, haberos hablado ya de mis penas y de mi agitación. Ahora estoy bien, y disfruto de una paz interior que no hay poder humano que me pueda quitar. Aunque habiendo llegado á la edad que tengo, y habiendo por las circunstancias ó por mi inclinación tenido siempre una vida solitaria, yo no conocía el mundo: por fin he adquirido este triste conocimiento. Afortunadamente ha llegado en mi socorro la reflexión. Me he preguntado á mí misma qué es lo que había de temible en ese mundo y en qué consistía su valor; ese mundo, que, tanto en la desgracia como en la felicidad, no puede ser sino objeto de compasión. ¿No es cierto, señora, que el juicio del hombre se halla tan limitado como el resto de su ser, tan móvil y de una incredulidad igual á su ignorancia? Todas estas buenas ó malas razones me han hecho arrojar la investidura con que me había ataviado, y me he encontrado henchida de sinceridad y de valor; nada puede ya inquietarme. Trabajo con todas mis fuerzas en apoderarme de mi vida y en colocarla enteramente bajo mi dependencia.

«Podeis creer tambien que no soy completamente digna de lástima, puesto que mi hermano, que es la mejor parte de mí misma, se halla en una buena posición, y me quedan ojos para admirar las maravillas de la naturaleza, Dios por apoyo, y por asilo un corazón lleno de paz y de dulces recuerdos. Si teneis la bondad de continuar escribiéndome, esto aumentará el número de mis goces.»

El misterio del estilo, misterio que se revela en todas partes, que no está presente en ninguna; la revelación de una naturaleza dolorosamente privilegiada; la ingenuidad de una mujer á quien se creería en la primera juventud, y la humilde sencillez de un genio que se desconoce, respiran en todas estas cartas, de las que solo cito algunas. ¿Mad. de Sevigné escribía por ventura á Mad. de Grignan con un cariño mas afectuoso que Mad. de Caud á Mad. de Beaumont? *La ternura de la una podía muy bien colcarse al lado de la de la otra*. Mi hermana amaba á mi amiga con toda la pasión de la tumba, porque conocía que iba á morir. Lucila casi nunca había dejado de habitar cerca de Rochers; pero era la hija de su siglo y la Sevigné de su soledad.

París 1857.

LLEGADA DE MAD. DE BEAUMONT A ROMA. — CARTAS DE MI HERMANA.

Una carta de Mr. Ballanche, fechada del 30 fructidor, me anunció la llegada de Mad. de Beaumont desde Mont-d'Or á Lyon, dirigiéndose á Italia. Me decía en ella que la desgracia que tanto temía no era ya de temer, y que la salud de la enferma parecía muy mejorada. Habiendo Mad. de Beaumont llegado á Milan, encontró á Mr. Bertin, que había ido allí á ciertos negocios: tuvo la bondad de encargarse de la pobre viajera y la condujo á Florencia, donde había ido yo á esperarla. Me quedé horrorizado al verla; no tenía fuerzas mas que para sonreír. Despues de algunos dias de descanso, nos pusimos en camino para Roma, andando al paso para evitar las dificultades del camino. Mad. de Beaumont era objeto de los mas afectuosos cuidados en todas partes por donde pasaba; tenía un singular atractivo aquella mujer tan melancólica y tan doliente. En las posadas las mismas criadas se dejaban arrastrar por esa dulce simpatía.

Puede bien adivinarse lo que yo sufriría; he cerrado los ojos á algunos amigos moribundos, pero estaban mudos, y un resto de inexplicable esperanza venía

á hacer mas punzante mi dolor. No dirigía la vista sobre el hermoso país que atravesábamos; había tomado el camino de Perouse; ¿qué me importa la Italia? Hallaba aun el clima poco agradable, y si el viento soplabá un poco, las brisas se me antojaban tempestades.

En Terni Mad. de Beaumont manifestó deseos de ir á ver la cascada: habiendo hecho un esfuerzo para apoyarse en mi brazo, se volvió á sentar diciendo:— «¡Es preciso dejar que las aguas se precipiten!» Había tomado para ella en Roma una casa solitaria, cerca de la plaza de España, bajo el monte Pincio; había en ella un pequeño jardín con naranjos, y un patio plantado con una higuera. Allí dejó á la moribunda. Me había costado mucho trabajo el proporcionarla esta habitación, porque hay en Roma una preocupación contra las enfermedades del pecho, miradas como contagiosas.

En esta época del renacimiento del orden social buscábase lo que había pertenecido á la vieja monarquía: el papa envió á pedir noticia de la hija de Montmorin; el cardenal Consalvi y los miembros del sacro colegio imitaron á su santidad; el mismo cardenal Fesch dió á Mad. de Beaumont, y hasta su muerte, pruebas de deferencia y de respeto de que seguramente no le hubiera creído capaz, y que me han hecho olvidar los insustanciales disturbios de mis primeros tiempos de mi estancia en Roma. Había escrito á Mr. Joubert, participándole las inquietudes de que me hallaba atormentado antes de la llegada de Mad. de Beaumont: «Nuestra amiga nos escribe desde Mont-d'Or, le decía, cartas que me destrozan el alma: dice en ellas que *conoce que no hay ya aceite en la lámpara*; habla de los *últimos latidos de su corazón*. ¿Por qué la han dejado sola en ese viaje? ¿Por qué no habéis escrito? ¿Qué será de nosotros si la perdemos? ¿Quién podrá consolarnos de esa pérdida? No conocemos el precio de nuestros amigos sino en el momento en que nos hallamos amenazados de perderlos. Somos lo suficientemente locos, cuando todo va bien, para creer que podemos alejarnos de ellos impunemente: el cielo nos castiga; nos los arrebató, y nos deja asustados de la soledad en que quedamos. Perdonad, mi querido Joubert: siento hoy latir en mi pecho un corazón de veinte años; esta Italia me ha rejuvenecido; amo todo lo que me es caro con la misma violencia que en mis primeros años. El dolor es mi elemento, y no me reconozco sino cuando soy desgraciado. Mis amigos actuales son de un género tan singular, que la sola idea de que puedo perderlos me hiela la sangre. Dispensad mis lamentaciones; estoy seguro de que sois tan desgraciado como yo. Escribidme, escribid tambien á esa desgraciada de Bretaña.»

Mad. de Beaumont se encontró algo aliviada los primeros dias. Ella misma empezó á creer en la posibilidad de vivir. Tenía yo la satisfacción de creer que al menos Mad. de Beaumont no se separaría ya de mí, pensaba llevarla á Nápoles para la primavera, y desde allí enviar mi dimisión al ministro de negocios extranjeros. Mr. de Agincourt, ese verdadero filósofo, se acercó á ver la ligera ave de paso que se había detenido en Roma antes de pasar á una tierra desconocida; Mr. Bogue, ya entonces decano de nuestros pintores, se presentó tambien. Estos refuerzos de esperanzas sostuvieron á la enferma, y la hicieron entrever una especie de esperanza que no existía en el fondo de su alma. De todas partes fue recibiendo cartas crueles llenas de temores y esperanzas. El 4 de octubre Lucila me escribía desde Rennes:

«Había empezado dias atrás una carta para tí; la he buscado inútilmente. Te hablaba en ella de Mad. de Beaumont, y me quejaba de tu silencio conmigo. Amigo mio, ¡qué vida paso tan triste y tan singular